

que quiera, que están a la disposición de los delincuentes, para restaurar los estragos de la mala vida. Conclusión: entonces, nos es necesaria la tal revista sociológica.

Pero este no puede ser el blanco de tanto tinterillaje. Tal vez el objeto de la hoja será el de indicar el tratamiento, es decir dar una consulta a domicilio, para evitar a los escarmentados el pudor y la vergüenza de presentarse ante un médico. En tal caso ¿por qué no ir hasta las últimas consecuencias y no mandar a cada suscriptor los respectivos ungüentos, pomadas e inyecciones?..... por si llegare el caso.

Suponer que así fuera, sería atribuir mucha malicia a quienes se precian de muy buenas intenciones.

¿Cual será luego, el fin anhelado? ¿hacer saber que la tal enfermedad es contagiosa, peligrosa, etc., que por consiguiente una niña, aunque inocente, puede contaminar a todas sus compañeras, un marido corrompido comprometer la vida y salud de toda la familia, de todo un municipio... Si así fuese, vuelvo a repetir, tampoco se alcanzaría a ver la utilidad del escrito, porque el remedio no está en enseñar a los escolares o jóvenes, el curso que sabios médicos dictarán desde la cátedra levantada sobre las columnas de "Revista sociológica", el remedio está en la visita medical que puede solicitar el maestro o los padres de los demás niños, quienes, sin tener la burla de doctor en sociología, saben el peligro que corre la prenda de su corazón y por consiguiente su hogar y su persona. ¿Qué gracia, la de un colegial, cuyas pláticas de sobre mesa versarían sobre los temas, de la "Revista" cuyo texto entranaría seguramente más atractivos que el del Catecismo.

Con esta última palabra vislumbro el pensamiento y tal vez el deseo de nuestros redactores: disminuir el número de los contaminados para purificar la raza. ¿No es cierto?—Sí, esto es lo que queremos, dirán ellos.

Bueno! entonces, dad por terminadas vuestras tareas y enseñad a vuestros amigos y conciudadanos, el respecto debido al sexto mandamiento. No fornicar.

Esto, como medida preventiva y también a veces curativa.

Pero, los números cantan!, arguyen, y sabiendo que son tormentos horribles los que sufren los atacados por ese mal, que estos pasan del 90 %, muchos se abstendrán.

Nada, el libertino siempre creerá y confiará en que él ha de ser

uno de los 10 exemptos; así como lo han creído todos desde el principio del mundo y hasta el fin lo creerán. ¡Por Dios! Ved como los panópticos aun las guillotinas no impiden ni el latrocinio ni el homicidio! ¿porqué?, porque el que roba y el que mata siempre tiene esperanza de que no le ha de alcanzar el brazo de la justicia humana.

Solo haciéndole creer en la infalibilidad de la justicia divina y en la necesidad en que se halla toda criatura racional de respetar los mandamientos de la ley de Dios, solo en ese caso, el hombre dejará el vicio, practicará la virtud.

Recapitulemos:

Morigerar las costumbres pertenece al sacerdote, pues él es el intérprete de la ley de Dios y que cada vicio tiene su remedio en la práctica de alguno de los mandamientos, si no en la de todos.

¿Cuando se ha visto que un médico dejara sus libros al alcance de sus hijos? ellos sin embargo, no ignoran la enfermedad y los peligros que por ella corre la sociedad, luego es de creer que si el remedio apuntado por la "Revista sociológica" fuese el propio, bubieran sido los primeros a ponerlo en práctica dando clases de sociología a los de su casa.

Por fin, apostaríamos que los redactores de la "Revista sociológica": ne son casuados.... Que si lo son, entonces no tienen hijos. Ultimamente si tienen hijos, ¿a qué no les dan ni les darán a leer su periódico?

¿Porqué luego, obligar a los de los demás a leerlo?

M. D. M.

¡ El Ruido !

"Con esto y con el alboroto y bullicio tan extraño que advirtió en la mucha gente que iba ocupando las calles, cerró al instante la ventana, y sin más dilación tornó a vestirse a toda prisa lleno de temor y sobresalto, y partió a la Catedral, la que estaba abierta y llena de gente pidiendo a voces misericordia. Expúsose luego el Santísimo Sacramento patente, para consuelo de los fieles, y cogiéndolo en la mano un señor Prebendado, predicó a todos fervorosamente a penitencia y arrepentimiento de las ofensas a Dios, que eran las que habían puesto en su mano la espada de la justicia para tomar justísima venganza de los pecadores, con cuyo razonamiento fué indencible la moción, lágrimas y alaridos que hubo en aquel numeroso concurso; y sin duda este triste y lamentable espectáculo de verdadera penitencia, en la cual se virtieron más

lágrimas, y se hicieron tan fervorosos actos de arrepentimiento, preponderó en el Tribunal de la Divina justicia a las culpas de los hombres, hasta hacer que envainase el señor la espada que quizás había levantado ya para descargar el brazo lleno de rigores contra esta ciudad.

Paró solamente en amenaza su enojo, y aunque se oyó el trueno de su justicia en Santafé, no se experimentó el rayo ejecutor de su poder en ella, y a lo que parece, según el cómputo y averiguación puntual del tiempo en que esto sucedió, quiso Dios por sus juicios hacer solo el amago en esta ciudad, por medio de los ministros infernales; pero el estrago del golpe lo hizo en la imperial ciudad de Lima, Callao y otros lugares circunvecinos. Por el mismo tiempo empezaron los indecibles y nunca oídos terremotos en los minerales ríos de Guancavelica, en donde montes y ríos enteros se tragó la tierra, con tanta pérdida de vidas y haciendas; todo lo que se fué continuando sin cesar en todo el tiempo intermedio, antes bien aumentándose los terrores lamentables con nuevos estragos y tragedias lastimosas, hasta la última irreparable que se presentó harto calamitosa en casi todo el reino del Perú, en que se hundieron lugares enteros y se asolaron otros; cuyas ruinas por ser tan considerables y de tan malas consecuencias, casi por todo el mundo corre ya esparcida en noticias más singulares y difusas del suceso.

Volviendo ahora al nuestro, que como decimos, fué un amago solo, a aquella hora se abrieron todas las iglesias (menos la nuestra, que aunque de la calle pedía innumerable que se abriese, no lo consiguió hasta ese otro día), y así mismo se descubrió en muchas de ellas el Santísimo y otros santuarios e imágenes de devoción, llenándose los templos de innumerable concurso, pues en tal aprieto y aflicción no hallaron otro refugio sino este que es el verdadero, de acogerse a Dios y a sus Santos. Las confesiones que en esta noche se hicieron fueron innumerales; las que se continuaron hasta el otro día en todas partes, y con mayor tropel en nuestra casa, que a las cinco y media de la mañana estaba ya casi llena toda ella, sin bastar los porteros a detener la multitud de hombres que como fuera de sí se entraban a lo interior de ella a buscar confesores, hasta que éstos fueron saliendo a los corredores bajos.

Del mismo modo estuvo la iglesia hasta muy tarde, en que hubo grandísimo número de concurrentes, y a este paso corrió toda la mañana en todas las iglesias y religiones de la ciudad, en que sin duda, si no todos los habitantes de la ciudad, los más, procurando prepararse muy de veras, como quienes se miraban horrorosamente amenazados del cielo. Ni paró la moción en sola esa noche y día siguiente, pues en todas las inmediatas se vió incesantemente una extraordinaria frecuencia de sacramentos con ni-